

MUERE EL CISNE
DESPUÉS DEL VERANO

ALDOUS HUXLEY

MUERE EL CISNE
DESPUÉS
DEL VERANO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *After many a summer days dies the swam*

Diseño de la cubierta: Edhasa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Imagen de cubierta: istockphoto

Primera edición: octubre de 2019

© The Estate of Aldous Huxley, 1939

© de la presente edición: Edhasa, 2019

© de la traducción: Enrique Sordo

Diputación, 262, 2^o1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2190-6

Impreso en Black Print CPI

Depósito legal: B 21586-2019

Impreso en España

The woods decay, the woods decay and fall,
The vapours weep their burthen to the ground,
Man comes and tills the field and lies beneath.
And after many a summer dies the swan.

TENNYSON

(Los bosques decaen, los bosques decaen y se marchitan,
Impregnan con el vaho de su aroma el suelo,
El hombre rotura la tierra mientras él yace,
Y después de varios veranos muere el cisne).

Primera parte

Capítulo I

Todo se había arreglado telegráficamente: Jeremy Pordage debería buscar a un chófer negro con uniforme gris y un clavel en el ojal; y el chófer negro tenía que buscar a un caballero inglés de mediana edad que llevase en las manos las *Obras poéticas* de Wordsworth. A pesar de la multitud que llenaba la estación, ambos se encontraron fácilmente.

—¿El chófer del señor Stoyte?

—¿El *señó* Pordage?

Jeremy asintió con la cabeza y, con el Wordsworth en una mano y el paraguas en la otra, extendió a medias los brazos con el gesto de un pobre maniquí que, plenamente consciente de sus defectos y tomándolos a broma, exhibe una figura lamentable, acentuada por el grotesco traje.

—¡Una birria! —pareció dar a entender—. ¡Pero éste soy yo!

Una especie de menosprecio defensivo y, por decirlo así, profiláctico, había llegado en él a constituir un hábito. Y a ese hábito recurría en toda clase de ocasiones.

De pronto, le vino a las mientes una idea nueva. Comenzó a dudar ansiosamente de si, en aquel democrático Far West de los norteamericanos, debería dar la mano al chófer, sobre todo cuando se trataba de un negro, sólo para demostrar que no se las daba de *pukka sahib*,* aun cuando el propio país llevase a costas la carga del hombre blanco. Finalmente, decidió no hacerlo. O, para ser más exactos, se vio obligado a tomar tal decisión, como de costumbre, se dijo a sí mismo, sintiendo un insano placer al reconocer su menguada cortedad. Mientras él dudaba sobre lo que tenía que hacer, el negro se quitó la gorra y, acentuando la actitud del servidor negro de otros tiempos, se inclinó, mostró los dientes en una sonrisa y dijo:

—¡Bienvenido a Los Ángeles, *señó* Pordage! —Y luego, cambiando el tono de su voz de lo dramático a lo confidencial, añadió—: Aunque no hubiera traído *usté* el libro, le habría reconocido por la voz, *señó* Pordage.

Jeremy rio, un tanto incómodo. Una semana en América le había bastado para hacerle tomar conciencia de aquella voz. Era un producto del Trinity College de Cambridge de diez años antes de la guerra, y su delgadez aflautada recordaba el canto de vísperas de una catedral inglesa. En Inglaterra nadie reparaba especialmente en ello. Nunca se había visto forzado a tomarla a broma, como había tenido que hacer, en de-

*. Tratamiento que dan en la India a los europeos importantes que residen allí. (*N. del T.*)

fensa propia, con su aspecto o con su edad, por ejemplo. Aquí, en América, las cosas se producían de una manera muy distinta. Le bastaba con pedir una taza de café, o con preguntar por el lavabo (que en este país desconcertante tampoco se llamaba lavabo) para que la gente le mirase fijamente, con una curiosidad tan atenta como divertida, igual que si observasen a un fenómeno en un parque de atracciones. ¡Algo que no era precisamente muy agradable!

—¿Dónde está el mozo? —dijo, con aire inquieto, por cambiar de tema.

Unos minutos después se ponían en camino. Arrellanado en el asiento trasero del coche, y al parecer fuera del alcance de la conversación del chófer, Jeremy Pordage se entregó al placer de la contemplación. La California del Sur desfilaba ante las ventanillas: lo único que tenía que hacer por su parte era mantener los ojos bien abiertos.

Lo primero que se ofreció a ellos fue un suburbio de africanos y filipinos, de japoneses y mexicanos. ¡Cuántas mezclas y combinaciones de los colores negro, amarillo y tostado! ¡Qué complejas bastardías! ¡Y qué bonitas muchachas, con su indumentaria de seda artificial! «Damas negras vestidas de blanca muselina»: su verso favorito de *The Prelude*. Se sonrió a sí mismo. Mientras tanto, el suburbio había sido sustituido por los altos edificios de un barrio comercial.

La población fue adquiriendo una tez más caucásica. En cada esquina había un *drugstore*. Los vendedo-

res de periódicos voceaban el avance de Franco sobre Barcelona. La mayoría de las muchachas caminaban como absortas en una silenciosa plegaria; pero, pensándolo mejor, supuso que lo que hacían era rumiar chicle incesantemente. Rumiaban chicle, no a Dios. Luego, súbitamente, el coche se sumergió en un túnel para emerger después en otro mundo, un mundo suburbano, vasto y descuidado, con surtidores de gasolina, postes anunciadores, casas bajas en medio de jardines, solares, desperdicios de papel, alguna que otra tienda, edificios de oficinas, iglesias metodistas primitivas construidas –cosa realmente sorprendente– en el estilo de la Cartuja de Granada, junto a sinagogas disfrazadas de *Hagia Sophia* e iglesias de la Christian Science con columnas y frontones que les daban una apariencia de bancos. Era un día de invierno y la hora temprana, pero el sol lucía brillantemente en un cielo limpio de nubes. El coche corría hacia el oeste y el sol, cayendo oblicuamente desde atrás, conforme avanzaba, iluminaba cada edificio, cada letrero luminoso, cada poste anunciador, como si fuera un reflector y tuviera el propósito deliberado de mostrar al recién llegado todo lo que había que ver.

COMIDAS. CÓCTELS. ABIERTO DE NOCHE.

MALTAS JUMBO.

¡HAZ TUS COSAS!, ¡VE A TODAS PARTES CON GASOLINA
SÚPER CONSOL!

EN EL PANTEÓN BEVERLY, EXCELENTES FUNERALES.
PRECIOS MÓDICOS.

El coche siguió velozmente hacia delante. Ahora, en el centro de un solar, había un restaurante que adoptaba la forma de un bulldog sentado: la puerta de entrada estaba entre las patas delanteras y los ojos iluminados.

–Zoomorfo –murmuró para sí Jeremy Pordage; y repitió–: Zoomorfo.

Tenía el gusto erudito de las palabras. El bulldog pasó como un cohete.

ASTROLOGÍA, NUMEROLOGÍA, LECTURAS PSÍQUICAS.

ID POR NUTBERGERS. ¡Sabe Dios lo que serían! Jeremy decidió que, en la primera oportunidad que tuviera, adquiriría uno. Un nutberger y una malta Jumbo.

PONED AQUÍ GASOLINA SÚPER CONSOL. Para sorpresa de Jeremy, el chófer se detuvo.

–Diez galones de súper-súper –solicitó; luego, volviéndose a Jeremy, añadió–; el *señó* es el presidente.

Luego señaló un poste anunciador que estaba en el otro lado de la calle. PRÉSTAMOS EN METÁLICO EN POCOS MINUTOS, leyó Jeremy; CONSULTAD A LA CORPORACIÓN FINANCIERA DEL SERVICIO COMUNAL.

–Ésta es otra de las nuestras –dijo el chófer con orgullo. Continuaron la carrera. El rostro de una hermosa joven, descompuesta por el dolor, se asomó a un anuncio gigantesco. ROMANCE DESTRUIDO, proclamaba el anuncio. LA CIENCIA DEMUESTRA QUE EL 73 POR CIENTO DE LOS ADULTOS PADECEN HALITOSIS.

EN LA HORA DEL DOLOR, PERMITID QUE EL PANTEÓN BEVERLY SEA VUESTRO AMIGO.

AFEITES, PERMANENTES, MANICURA.

CLÍNICA DE BELLEZA BETTY.

La puerta de al lado de la clínica de belleza era una oficina de la Western Union... El telegrama para su madre. ¡Dios santo! ¡Por poco se le olvida! Jeremy se inclinó hacia delante y, en el tono de disculpa que siempre adoptaba para hablar a los sirvientes, le rogó al chófer que se detuviera un momento. El automóvil se paró. Con una expresión preocupada en su semblante de conejo, Jeremy se apeó y cruzó la acera apresuradamente, adentrándose en la oficina.

«Señora de Pordage, Las Araucarias, Woking, Inglaterra», escribió, sonriendo un poco mientras lo hacía. El exquisito absurdo de aquellas señas era su permanente manantial de diversión. «Las Araucarias, Woking». Cuando su madre compró la casa quiso cambiarle el nombre porque le pareció demasiado vulgarmente mesocrático, demasiado parecido a una broma de Hilaire Belloc.

—¡Pero si en eso consiste precisamente su belleza! —había protestado él—. ¡En eso radica su encanto!

Y había procurado hacerle comprender lo excelentemente que les vendría vivir en un lugar con unas señas como aquéllas. ¡La incongruencia deliciosamente cómica que existía entre el nombre de la casa y sus ocupantes! Qué alocada coincidencia resultaría el que la antigua amiga de Oscar Wilde, la ingeniosa y culta señora de Pordage, escribiera sus chispeantes cartas desde Las Araucarias, y que de esas mismas Araucarias,

aquellas Araucarias –hay que tenerlo en cuenta– de *Woking*, procedieran las obras, mezcla de erudición y de ingenio extrañamente rarificado, que habían proporcionado la fama a su hijo. La señora Pordage comprendió casi en el acto adonde quería ir a parar él. Gracias a Dios no era necesario esforzarse en delimitar puntos cuando se trataba con ella. Se le podría hablar enteramente a base de insinuaciones y anacolutos, porque se podía confiar en su inteligencia. Así que Las Araucarias siguieron siendo Las Araucarias.

Después de escribir la dirección, Jeremy Pordage hizo una pausa, frunció pensativamente el entrecejo e hizo un gesto que en él era habitual: morder el lápiz, sólo para encontrar, con desconcierto por su parte, que dicho lápiz tenía una contera de cobre y que estaba sujeto a una cadena. «Señora de Pordage, Las Araucarias, *Woking*, Inglaterra», leyó en voz alta con la esperanza de que esas palabras le inspiraran la composición del adecuado y perfecto mensaje; el mensaje que su madre estaría esperando recibir de él, un mensaje tierno a la par que ingenioso, cargado de una genuina devoción irónicamente manifestada. Un mensaje en el que reconociera el dominio maternal, al mismo tiempo que lo tomaba en broma, con el fin de que la anciana dama salvara su conciencia, figurándose a su hijo perfectamente libre y a ella misma como la menos tiránica de las madres. No era nada fácil..., sobre todo con un lápiz atado a una cadena. Después de varias tentativas abortadas, y aunque considerándolo absolu-

tamente insatisfactorio, se decidió por estas palabras: «Con este clima subtropical romperé voto referente ropa interior stop. Desearía que estuvieses aquí por mí no por ti pues apenas podrías apreciar este inacabado Bournemouth indefinidamente amplificado stop».

—¿Inacabado qué? —preguntó la chica del otro lado del mostrador.

—«B-o-u-r-n-e-m-o-u-t-h» —deletreó Jeremy. Sonrió. Detrás de las lentes bifocales de sus gafas, sus azules ojos parpadearon, y, con un gesto que era inconsciente por completo, pero que él solía hacer cuando estaba a punto de emitir una de sus ocurrencias, se palpó la parte más alta de su calva—. ¿Comprende usted? Es el *bou-me*, el término de un viaje, el punto de destino al que no llega viajero alguno si puede evitarlo.

La muchacha le miró, completamente *in albis*; luego, infiriendo por la expresión de su rostro que había dicho algo gracioso, y recordando que el lema de la Western Union era: «fineza en el servicio», le otorgó la radiante sonrisa que sin duda esperaba nuestro amigo, y continuó leyendo: «Espero te diviertas en Grasse stop. Cariños Jeremy».

Era un mensaje caro. Pero, después de todo, reflexionó mientras sacaba la cartera del bolsillo, el señor Stoyte lo pagaba con creces. Tres meses de trabajo, seis mil dólares. Así es que bien poco le importaban los gastos.

Volvió al coche y prosiguieron el viaje. Corrieron milla tras milla, y las casas suburbanas, los surtidores de gasolina, los solares, las iglesias y las tiendas les acom-

pañaron constantemente, sin acabarse nunca. A derecha e izquierda, entre palmeras, o pimenteros, o acacias, las calles del enorme distrito residencial iban retrocediendo hasta desvanecerse.

COMIDAS DE CALIDAD. CUCURUCHOS GIGANTES.

JESÚS NOS SALVA.

HAMBURGUESAS.

Una vez se pusieron rojas las luces de tráfico. Un vendedor de periódicos se asomó a la ventanilla.

—¡Franco anuncia avances en Cataluña!

Jeremy leyó y volvió la cabeza. El horror en el mundo había llegado a tal extremo que para él se había hecho simplemente fastidioso. Del coche que estaba parado delante de ellos descendieron dos señoras de edad, ambas con los cabellos blancos ondulados a la permanente, ambas con pantalones carmesí y ambas con un fox terrier de York. Los perros fueron depositados al pie del poste del semáforo. Pero antes de que los animales se decidieran a hacer uso de él para sus necesidades, habían cambiado las luces. El negro arrancó en primera hacia delante, hacia el futuro.

Jeremy iba pensando en su madre. Sentía cierta desazón: también ella tenía un foxterrier de York.

LICORES FINOS.

SÁNDWICHES DE PAVO.

ID A LA IGLESIA Y OS SENTIRÉIS MEJOR DURANTE LA SEMANA.

LO QUE ES BUENO PARA LOS NEGOCIOS ES BUENO PARA TI.

Otra figura zoomorfa hizo su aparición: esta vez era la oficina de un agente de fincas y tenía la forma de la esfinge egipcia.

JESÚS VENDRÁ PRONTO.

TÚ TAMBIÉN TENDRÁS UNA PERMANENTE JUVENTUD USANDO LOS SUJETADORES THRILLPHQRM.

PANTEÓN BEVERLY, UN CEMENTERIO «DIFERENTE».

Con la misma expresión triunfal que asumiría el Gato con Botas al enumerar las posesiones del marqués de Carabás, el negro se volvió a Jeremy, lanzándole una mirada por encima del hombro; extendió la mano hacia el poste anunciador y dijo:

—Eso también es nuestro.

—¿Se refiere usted al Panteón Beverly?

El hombre asintió con la cabeza.

—En mi opinión, el más hermoso cementerio del mundo —afirmó; y, después de un momento de pausa, agregó—: Quizás a *usté* le agradaría verlo. Casi nos viene de paso.

—Sería un placer —dijo Jeremy, con condescendencia de inglés perteneciente a una clase superior. Pero comprendiendo enseguida que su aquiescencia debía ser manifestada con algo más de calor y más democráticamente, se aclaró la garganta y, con el deliberado propósito de reproducir el lenguaje vernáculo local, agregó que sería «estupendo». Pronunciado con su voz y su acento del Trinity College de Cambridge, la palabra resultó tan carente de naturalidad que él mismo, desconcertado, se sonrojó. Por fortuna,

el chófer se hallaba muy atareado con el tránsito para advertirlo.

Torcieron hacia la derecha, pasaron velozmente por delante de un templo Rosacruz, de dos hospitales para gatos y perros, de una escuela para Drum-Majorettes y de dos anuncios más del Panteón Beverly. Cuando giraron a la izquierda por el Sunset Boulevard, Jeremy vislumbró a una mujer que iba de compras con un bañador azul hortensia sin tirantes, rizos platinados y una chaqueta de piel negra. Después, también ella se hundió en el pasado.

El presente era un camino que se abría paso al pie de una serie de escarpadas colinas, flanqueado por tiendecitas de apariencia cara, de restaurantes, de *night-clubs* con los toldos echados para defenderse de los rayos solares, de oficinas y de casas de apartamentos. Al cabo de un rato, todos ellos habían hallado su lugar en lo irrevocable. Un cartel proclamó que estaban pasando los límites de Beverly Hills. Los alrededores cambiaron de aspecto. El camino quedó flanqueado por los jardines de un barrio de suntuosas residencias. Por entre los árboles, Jeremy pudo ver fachadas de casas rigurosamente nuevas, casi todas diseñadas con buen gusto: imitaciones elegantes e ingeniosas de los *manor* de Luytens, de Pequeños Trianones, de Monticellos; parodias festivas de las suntuosas máquinas para vivir de Le Corbusier; fantásticas versiones mexicanas de haciendas charras y de granjas de Nueva Inglaterra.

Torcieron hacia la derecha. Unas enormes palmeras se alineaban a ambos lados del camino. Bajo la luz solar, una enorme masa de algazules llameaba con un intenso resplandor magenta. Las casas se sucedían unas a otras, como pabellones de una interminable exposición internacional. Gloucestershire iba detrás de Andalucía y ésta cedía el paso, sucesivamente, a Turena y a Oaxaca, a Düsseldorf y a Massachusetts.

—Ésa es la casa de Harold Lloyd —dijo el chófer, señalando una especie de jardines Bóboli—. Y esa otra es la de Charlie Chaplin. Y aquélla la de Pickfair.

Entonces, el camino comenzó a ascender vertiginosamente. El chófer señaló la colina opuesta, una especie de golfo sombrío y algo que tenía el aspecto de un monasterio de lamas tibetanos.

—Y ahí es donde vive Ginger Rogers; sí, *señó* —dijo el negro moviendo la cabeza con aire triunfal mientras hacía girar el volante.

Cinco o seis revueltas más condujeron al automóvil a la cima de la colina. Por detrás, abajo, quedaba la llanura, en la cual se extendía la ciudad inacabablemente hasta esfumarse en la rosada bruma.

Por delante, a uno y otro lado, se sucedían las montañas, cerro tras cerro, hasta donde alcanzaba la vista, como una deseada Escocia, vacía bajo el desierto cielo azul.

El coche rodeó un promontorio de rosas anaranjadas y allí mismo, súbitamente, sobre una loma que hasta entonces no había sido visible, apareció un enorme

letrero luminoso con las palabras PANTEÓN BEVERLY, UN CEMENTERIO CON PERSONALIDAD, escritas con tubos de gas neón de dos metros de altura. Y encima, sobre la misma cresta, se veía una reproducción a igual escala de la torre inclinada de Pisa, sólo que aquí no se inclinaba.

—¿Ve *usté* eso? —dijo el negro con solemne acento—. Es la Torre de la Resurrección. ¡Doscientos mil dólares! Eso es lo que costó. Sí, *señó*. —Hablaba de una manera y un modo tan enfático que uno se sentía inclinado a creer que todo ese dinero había salido de su bolsillo.

Capítulo II

Una hora después reemprendieron el camino, tras haberlo visto todo. Todo. Prados rampantes que parecían verdes oasis en la desolación de la montaña. Lápidas entre la hierba. Glorietas de árboles. El cementerio de Animales Preferidos, con un grupo escultórico mármreo de Landseer, «Dignidad e Impudor». La Capilla del Poeta, reproducción en miniatura de la Santísima Trinidad de Stratford-on-Avon, completada por la tumba de Shakespeare, y un servicio de veinticuatro horas de música de órgano, ejecutada automáticamente por el Perpetual Wurlitzer y difundida mediante altavoces por todo el cementerio.

Luego, saliendo de la sacristía, estaba el Camarín de la Novia, porque de la capilla lo mismo se podía salir recién casado que camino de la tumba; el Camarín estaba decorado de nuevo siguiendo el estilo, según dijo el chófer, del *boudoir* de Norma Shearer en *María Antonieta*. Y contiguo al Camarín de la Novia, el exquisito Vestíbulo de las Cenizas, de mármol negro, que conducía al Crematorium, en el que habían instalado tres modernísimos hornos mortuorios ali-

mentados con petróleo y que ardían constantemente, dispuestos en todo momento.

Acompañados en todo su recorrido por los trémolos del Perpetual Wurlitzer, visitaron después la Torre de la Resurrección, aunque sólo por el exterior, puesto que dentro se albergaban las oficinas ejecutivas de la Corporación de Cementerios de la Costa Occidental. Y luego, el Rincón de los Niños, con las estatuas de Peter Pan y del Niño Jesús, los grupos escultóricos de niños de alabastro que jugaban con sus conejillos de bronce, el estanque de los lirios y un artilugio que llevaba por nombre el de Fuente de Música del Arco Iris, y del que manaban simultáneamente agua, luces de colores y los inevitables acentos del Perpetual Wurlitzer. Posteriormente, en rápida sucesión, el Jardín del Reposo, el Pequeño Taj Mahal y el Osario del Mundo Antiguo. Y finalmente, reservado por el chófer para lo último, como prueba decisiva y apoteosis de la gloria de su jefe, el mismísimo Panteón.

Jeremy se preguntó a sí mismo si era posible que existiese algo como aquello. Evidentemente, no parecía probable. Porque el Panteón Beverly carecía de toda verosimilitud; era algo superior a su capacidad de invención. El hecho de que la idea del mismo estuviera ahora en su mente parecía demostrar que tenía que haberlo visto. Cerró los ojos al paisaje y rememoró los detalles de aquella increíble realidad. La arquitectura exterior estaba estructurada siguiendo el mo-

delo de la *Toteninsel* de Boecklin. Luego venían el vestíbulo circular, la réplica de *El beso* de Rodin, iluminado por un torrente rosado de luz indirecta; las escalinatas de mármol negro; el columbario de siete pisos; las interminables galerías, llenas de hileras y más hileras de tumbas y lápidas, con las urnas bronceínas y argentinas de los incinerados, que parecían trofeos atléticos; las vidrieras polícromas a lo Bume-Jones; el texto de las inscripciones en marmóreos pergaminos; el Perpetual Wurlitzer salmodiando en todos los pisos; y la escultura...

Aquello era lo más difícil de creer, reflexionó Jeremy con los párpados entornados. Una escultura con una ubicuidad semejante a la del Wurlitzer. Estatuas por dondequiera que uno volviese los ojos. Centenares de esculturas, que se adivinaban compradas al por mayor en alguna empresa de tallado monumental de Carrara o Pietrasanta. Todas desnudas, todas femeninas, todas exuberantemente núbiles. Esa clase de estatua que no extrañaría a nadie si se encontrase en algún burdel de lujo de Río de Janeiro.

«¡Oh, muerte!», proclamaba un marmóreo pergamino en la entrada de cada galería. «¿Dónde está tu agujón?».

De una manera muda, pero elocuente, las estatuas daban una respuesta tranquilizadora. Estatuas de mujeres jóvenes sin más atuendo que unos cinturones incrustados, con un realismo a lo Bernini, en la carne de fino mármol. Estatuas de muchachas en cucullas,

de muchachas con las manos cruzadas en pudoroso gesto, muchachas desperezándose, retorciéndose, reclinándose calipigiamente, agachadas para atarse las sandalias. Jóvenes damas con palomas, con panteras, con otras jóvenes de ojos vueltos hacia el cielo como si expresasen el despertar del alma. «Yo soy la Resurrección y la Vida», proclamaban los pergaminos. «El Señor es mi pastor; por lo tanto, no he menester de nada». De nada, ni siquiera del Wurlitzer, ni siquiera de las muchachas con cinturones de apretadas hebillas. «La muerte es absorbida por la victoria»; no ya la victoria del espíritu, sino la del cuerpo, de un cuerpo bien alimentado, perennemente joven, inmortalmente atlético, inagotablemente sexual. En el paraíso musulmán ha habido copulaciones de seis siglos de duración. En este nuevo cielo cristiano, el progreso habrá elevado, sin duda, el período hasta un milenio, y añadido a él los goces del tenis perdurable, del golf y de la natación eternos.

En ese momento comenzó a descender el coche. Jeremy abrió nuevamente los ojos y vio que habían llegado al extremo de la cadena de colinas entre las cuales se había construido el Panteón.

Por debajo se extendía una llanura de color leonado, salpicada de manchas verdes y moteada de casitas blancas. En su borde más lejano, a una distancia de veinte a treinta kilómetros, el horizonte estaba rodeado por una cadena de montañas rosadas.

—¿Qué es eso? —preguntó Jeremy.

—El valle de San Fernando —contestó el chófer; y añadió, señalando hacia una media distancia—: Allí vive Groucho Marx, sí, *señó*.

El coche, ya al pie de la colina, giró hacia la izquierda por una ancha calzada que, como una cinta de cemento, corría a través de la llanura entre edificios suburbanos. Los anuncios se sucedían con abrumadora rapidez: MALTAS, RESERVADOS, COMIDAS Y BAILES EN EL CASTILLO HONOLULÚ, CURACIÓN ESPIRITUAL E IRRIGACIÓN DEL COLON, PERROS CALIENTES, COMPRAD VUESTRO SUEÑO *ahora*. Y detrás de los anuncios, las hileras de albaricoqueros y de nogales matemáticamente plantados y que pasaban como relámpagos; una sucesión de rápidas perspectivas precedidas y seguidas por un movimiento de avance y retroceso continuado, en forma de abanico.

Los inmensos naranjales de verde oscuro y oro, formados en kilómetros cuadrados como enormes regimientos, desfilaban y centelleaban bajo la luz del sol. En la lejanía, las montañas trazaban ininterpretables gráficas de alzas y bajas.

—Tarzana —dijo el chófer de improviso; y señaló el nombre que atravesaba el camino en grandes letras blancas—. Allí está el colegio Tarzana —continuó el hombre señalando un grupo de palacios de arquitectura colonial española que se agrupaban en torno a una basílica románica—. El señor Stoyte les acaba de regalar un *auditorium*.

Giraron a la izquierda y se adentraron en un camino algo menos importante. Durante algunos kiló-

metros, los naranjales cedieron su espacio a vastos campos de alfalfa y de crecidas hierbas, para reemplazarlos de nuevo, más exuberantes que nunca. Mientras tanto, las montañas del límite septentrional del valle se iban acercando, a la vez que, inclinándose desde el oeste, asomaba otra cordillera. Siguieron adelante. Entonces el camino dio un repentino giro, dirigiéndose, al parecer, al punto en que ambas cordilleras coincidían. De pronto, por un resquicio que dejaban dos huertos, Jeremy Pordage descubrió una vista asombrosa. A poco menos de un kilómetro del pie de las montañas, como una isla situada frente a una acantilada costa, se elevaba abruptamente desde el llano un rocoso cerro, en algunas partes casi cortado a pico. En la cima de aquel peñasco, formando en él como una especie de eflorescencia, se alzaba un gran castillo. Pero ¡qué castillo! La torre del homenaje era como un rascacielos y los baluartes caían vertiginosamente con el fácil descenso de los contrafuertes de cemento. Aquello era gótico, medieval y aristocrático. Doblemente aristocrático, gótico de una goticidad elevada a la enésima potencia, y más medieval que cualquier edificio del siglo XIII. Porque aquello... aquel Objeto, como Jeremy se veía reducido a llamarlo, era medieval no por una vulgar necesidad histórica, como Coney o Alnwick, por ejemplo, sino por pura broma y por puro impudor, de un modo platónico, por decirlo de algún modo. Era medieval como sólo querría serlo un imaginativo e irres-

ponsable arquitecto moderno, de un modo que sólo son capaces de hacerlo los más competentes ingenieros de hoy.

Jeremy, dando un respingo, exclamó:

—¿Qué diablos es eso? —y señaló aquella pesadilla de la cima del cerro.

—¡Ah! Ahí es donde vive el *señó* Stoyte —dijo el chófer; y, sonriendo una vez más con su orgullo de propietario por delegación, añadió—: ¡Una residencia bonita de veras, digo yo!

Los naranjales se cerraron otra vez. Jeremy, recostado en su asiento, comenzó a preguntarse, con cierta aprensión, dónde se había metido cuando aceptó la oferta del señor Stoyte. La paga era principesca; el trabajo, consistente en catalogar los casi legendarios documentos Hauberk, sería un placer. Pero el cementerio... ¡Y aquel Objeto! Jeremy sacudió la cabeza. Él sabía, naturalmente, que el señor Stoyte era rico, que coleccionaba cuadros y que tenía en California una propiedad digna de ser exhibida. Pero nadie le habría hecho creer nunca que era *aquello*. El humorístico puritanismo de su buen gusto se sentía horrorizado; le aterraba la perspectiva de conocer a la persona capaz de tamaña enormidad. Entre aquella persona y uno mismo, ¿qué clase de contacto, qué comunión de sentimiento o pensamiento podría existir? ¿Por qué le había enviado a buscar precisamente a él? Porque, por lo demás, era obvio que no podían gustarle sus libros en modo alguno. ¿Pero acaso había leído algu-

no de ellos? ¿Habría leído siquiera algún otro libro? ¿Tenía, por ventura, alguna leve idea de cómo era él? ¿Sería capaz, por ejemplo, de comprender por qué había insistido tanto en conservar el nombre de Las Araucarias? ¿Sabría apreciar sus puntos de vista sobre...?

Estas ansiosas preguntas fueron interrumpidas por el ruido del claxon, que el chófer hacía sonar con dura y ofensiva insistencia. Jeremy alzó la vista. Cincuenta metros por delante de ellos se arrastraba un vetusto Ford, que iba bamboleándose a lo largo de la carretera. Mal amarrado al techo, a los costados y a la parte trasera llevaba un mísero cargamento de utensilios caseros: colchones enrollados y ropa de cama, una estufa de hierro, una cesta llena de pucheros y sartenes, una tienda plegada, un baño de cinc. Cuando pasaron velozmente junto a ellos, Jeremy pudo ver por un instante a tres niños anémicos de ojos mortecinos, a una mujer que se cubría los hombros con un trozo de saco y a un hombre de rostro huraño y sin afeitarse.

—¡Temporeros! —explicó el chófer despreciativamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Jeremy.

—¡Bah! *Temporeros* —recalcó el negro, como si el énfasis fuera una explicación—. Y me parece que éstos han salido del basurero. Llevan matrícula de Kansas. Vienen a cosechar ombligos.

—¿A cosechar ombligos? —replicó Jeremy, incrédulo.

—Naranjas de ombligo —dijo el chófer—. Estamos

en plena temporada. ¡Creo que será un buen año de ombligos!

Una vez más entraron en un panorama descubierto, y una vez más apareció allí el Objeto, más grande que nunca. Jeremy tuvo tiempo de estudiar los detalles de la construcción. Una muralla almenada circundaba la base de las colinas y, más arriba, a medio camino, había una segunda línea defensiva, dentro del más puro estilo posterior a las Cruzadas. En la cima se alzaba el cuadrángulo del alcázar, rodeado de edificios subsidiarios.

Desde el cuerpo principal del castillo, la mirada de Jeremy descendió hasta un grupo de construcciones que había en el llano, no muy lejos del pie de la montaña. De un lado a otro de la fachada de la mayor de ellas podían leerse estas palabras: «Residencia Stoyte para niños enfermos». Estaban escritas con letras doradas. Dos banderas, la una con las franjas y estrellas de los Estados Unidos, y la otra blanca con una S roja en el centro, ondeaban con la brisa. Después, una mancha de nogales desnudos obstruyó la vista de nuevo. Casi en el mismo instante, el chófer detuvo el motor y pisó el freno. El coche fue a pararse suavemente junto a un hombre que caminaba a vivo paso por la herbosa cuneta del camino.

—¿Quiere usted subir, *señó* Propter? —preguntó el negro.

El desconocido volvió la cabeza, le dirigió una mirada de agradecimiento y se acercó a la ventanilla

del coche. Era un hombre corpulento, de anchos hombros, pero un poco encorvado. Su cabello castaño empezaba a hacerse gris y su rostro, según pensó Jeremy, parecía el de una de esas estatuas que labran los escultores góticos para colocar en lo alto de alguna fachada occidental: estaba lleno de protuberancias, de pliegues y concavidades profundamente sombreados, mientras que otras líneas eran enfáticamente toscas, como para hacerlas más impresionantes, incluso a distancia. Pero aquel rostro concreto, siguió advirtiéndolo Jeremy, no sólo era enfático a distancia; era también un rostro para ser visto de cerca, un rostro para la intimidad. Un rostro sutil en el que destacar los signos de la sensibilidad y de la inteligencia, así como los de la pujanza. Lo mismo denotaba una suave y alegre serenidad que una energía y un vigor no menos acusados.

—¡Hola, George! —dijo el desconocido, dirigiéndose al chófer—. Has sido muy amable al detenerte por mí.

—Bueno, la verdad es que me alegro mucho de verle, *señó* Propter —dijo el negro cordialmente.

Luego, volviéndose a medias en su asiento, agitó la mano señalando a Jeremy y dijo, con una florida distinción de tono y de modales:

—Tengo el gusto de presentarle al *señó* Pordage, de Inglaterra; *señó* Pordage, éste es el *señó* Propter.

Los dos hombres se estrecharon la mano y, tras el consabido intercambio de cortesías, el señor Propter subió al vehículo.